

## Agenda ciudadana

# Aporofobia

Tras el triunfo electoral de Andrés Manuel López Obrador (AMLO), más de un comentarista ha advertido sobre la polarización política en la sociedad mexicana. Desde los miradores conservadores se augura que más pronto que tarde el país pagará el haber votado por un “populista” que rechaza la racionalidad del neoliberalismo.

Según una encuesta de Alejandro Moreno, quienes hoy ven con una mezcla de temor e ira a AMLO y sus propuestas, son minoría, pues el 83% de una muestra representativa de la población se declara optimista de cara al futuro colectivo y apenas un 15% pesimista. (El Financiero, 03/12/18).

Detrás del pesimismo y del temor a lo que puede significar el nuevo gobierno, quizá se encuentra algo más que un mero rechazo al proyecto lopezobradorista: se trata del temor histórico a “las clases peligrosas”, a la masa que está en la base de la pirámide social mexicana y a la que AMLO ha movilizado y pretende seguir haciéndolo.

En una decisión llena de sentido político y práctico, la Academia de la Lengua de España acaba de incorporar a su diccionario el término aporofobia. Se trata de un concepto formado con las voces griegas á-poros -sin recursos, pobre- y fobéo -espantarse. Aporofobia, por tanto, significa temor o aversión a los pobres. El término mismo lo acuñó una profesora de ética y filosofía política, Adela Cortina, en España, en 1995, (Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia, [Barcelona, Paidós, 2017]). Y es que, al tratar de comprender la naturaleza del rechazo actual a los migrantes en Europa, Cortina concluyó que en la raíz de la xenofobia y el racismo evidentes esta otro fenómeno: el rechazo y el miedo a los pobres.

En cierta medida -quizá en gran medida-, la irritación que despierta el lopezobrado-

En una decisión llena de sentido político y práctico, la Academia de la Lengua de España acaba de incorporar a su diccionario el término aporofobia. Se trata de un concepto formado con las voces griegas á-poros -sin recursos, pobre- y fobéo -espantarse. Aporofobia, por tanto, significa temor o aversión a los pobres. El término mismo lo acuñó una profesora de ética y filosofía política, Adela Cortina, en España, en 1995, (Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia, [Barcelona, Paidós, 2017]). Y es que, al tratar de comprender la naturaleza del rechazo actual a los migrantes en Europa, Cortina concluyó que en la raíz de la xenofobia y el racismo evidentes esta otro fenómeno: el rechazo y el miedo a los pobres.

rismo entre sectores de clase media y alta no es tanto por el origen social de AMLO o su estilo personal de ejercer su liderazgo, tampoco sus propuestas económicas o sobre seguridad, sino por la base social que moviliza y en la que se apoya.

Es verdad que una encuesta de salida del 1° de julio muestra que, entre votantes de clase media, el porcentaje de apoyo a AMLO fue alto -65% según Francisco Abundis, (Milenio, 07/10/18). Sin embargo, en términos absolutos, los sectores populares son mayoritarios y en las movilizaciones convocadas por AMLO -desde los “éxodos por la democracia” de los 1990 hasta el lleno del zócalo el pasado 1° de diciembre - quienes destacan son justamente la antítesis de las clases acomodadas.

La aporofobia política viene de lejos en nuestro país. En realidad, fue ese sentimiento el que marcó el movimiento de independencia. En la Nueva España, la rebelión encabezada por Miguel Hidalgo tuvo, desde el

inicio, un carácter distinto al de las otras colonias españolas, y así lo registró Bolívar en su “Carta de Jamaica”, (1815). Se trató de una furiosa rebelión de indios y mestizos -de pobres- contra las clases altas -la toma de la Alóndiga en Guanajuato es ejemplo claro. Fue entonces que esos pobres se mostraron como la “clase peligrosa” y por eso el movimiento de Hidalgo fue rechazado por los criollos, que se solidarizaron con los españoles.

En la Reforma, el bando liberal no fue precisamente el campeón de los desposeídos, pero el proyecto conservador tenía la clara intención de prolongar la estructura colonial de una sociedad donde las clases subordinadas se mantuvieran en calidad de tales y no pretendieran alterar un “orden natural” donde la autoridad de las élites no debía ser cuestionada.

Con la Revolución Mexicana, una “rebelión de las masas” logró, por primera vez, desarticular, aunque sólo temporalmente,

ese “orden natural” de la estructura de clases heredado de la colonia. Entonces, la aporofobia se desbocó. Para comprobarlo basta leer la prensa de la época y su caracterización de los zapatistas, a los que describió como auténticos salvajes que debían ser exterminados para salvar a México. Al villismo apenas si le fue mejor. En realidad, los ecos de los lamentos por la caída de Porfirio Díaz aún pueden escucharse en algunos rincones nostálgicos de ese orden y progreso.

La política de masas del cardenismo que acabó con una buena parte de los latifundios y de las haciendas en beneficio de los sin tierra y que apoyó a los sindicatos, a los republicanos españoles y a la educación socialista, reavivó la aporofobia. Sin embargo, a partir del gobierno de Miguel Alemán (1946-1952), con su anticomunismo abierto, su apoyo incondicional al capital, su contra reforma agraria y la represión del sindicalismo independiente -ejemplo de la dureza de esa represión fue el caso de los mineros de Nueva Rosita, Coahuila, y su “caravana del hambre”-, la movilización desde abajo ya no preocupó a las clases medias ni a la nueva oligarquía urbana. Y a partir de entonces se empezó a consolidar en México algo parecido a una nueva sociedad de castas.

Con el derrumbe, por la vía electoral, del régimen priista y la consecuente toma de conciencia y movilización de una parte de las clases populares, la aporofobia del pasado está de regreso. Quizá por ahora no tenga mayores consecuencias que expresiones inocuas de ira, pero de persistir, bien pudiera llegar a ser la base de opciones políticas de derecha, del PAN cuando se recomponga. Ya lo fue en el pasado y bien podría volver a serlo.

www.lorenzomeyer.com.mx  
agenda\_ciudadana@hotmail.com

Jorge Zepeda Patterson

Luis Rubio

# La democracia no se come

Agua y aceite. Las discusiones a favor y en contra de López Obrador se han convertido en agua y aceite. Argumentaciones polarizadas que no admiten zonas intermedias, fusiones o terceras vías, como si una parte de la población hablase una jerga distinta a la otra; las palabras son las mismas pero los significados difieren sustancialmente. Se dice democracia, derechos humanos o equilibrio de poderes y los Silva Herzog, Aguilar Camín y Pardiñas escuchan frases en bronce, inapelables, innegociables. La misma reverencia con la que amloístas otorgan a palabras como pobreza, pueblo o injusticia social.

En cierta manera ambas partes tienen razón. Quisiéramos vivir en una sociedad más democrática y gozar de plenas libertades, pero también desearíamos que fuese más justa y menos desigual. En teoría ambas aspiraciones son reconciliables y mutuamente reforzantes. Pero en la práctica unos y otros difieren en las prioridades, en los sacrificios que supone invertir los escasos recursos en una meta y no en la otra.

Muchos están dispuestos a sacrificar prácticas democráticas o tirar por la borda un incipiente régimen con equilibrio de poderes si eso permite disminuir la pobreza o mejorar el reparto de la riqueza. A otros eso les parece un crimen de lesa humanidad y una trampa populista. Que alguien se coloque en una u otra posición depende, por supuesto, en gran medida de la atalaya desde la cual se mira.

Para quien queda atrapado veinte minutos en el Metro por tercera vez en la semana entre sofocantes insoportables o es asaltado una vez por mes en los peseros que trepan colinas sin servicio de agua potable, el equilibrio de poderes entre el ejecutivo y el legislativo es una exquisitez pequeño burguesa aunque no lo exprese así. Para ellos es más grave que el aguacate haya desaparecido de su canasta porque su ingreso ha perdido poder adquisitivo. Por desgracia la democracia no se come. Peor aún, algunos comienzan a sospechar que la democracia se los come a ellos.

La casi media hora dedicada por López Obrador a fustigar los impactos del neoliberalismo durante su discurso de toma de protesta ni hizo sino poner en boca de todos lo que la estadística ya había mostrado. La apertura, la globalización, la fragmentación del poder político (que no económico, cada vez más concentrado) ha provocado el descontento de muchos porque no ha resuelto la desigualdad o la inseguridad pública. En el sexenio de Enrique Peña Nieto aumentó la población en situación de pobreza (aunque disminuyó la que vive en pobreza extrema). Pero la percepción de desigualdad aumentó, ante el enriquecimiento desmesurado de los sectores punta. En ese sentido, la desigualdad se hizo más visible e insostenible. Quizá ahora tampoco alcanza para comprar un yogur de sabores en el Oxxo, pero la frustración se hace mayor cuando existen 20 marcas y sabores diferentes, que otros lleven como si los estuvieran regalando.

La estadística del Latinbarómetro 2018 es incontestable. México es uno de los países en los que la confianza en la democracia se ha desplomado más drásticamente. Hace diez años la mayoría de la población consi-

En cierta manera ambas partes tienen razón. Quisiéramos vivir en una sociedad más democrática y gozar de plenas libertades, pero también desearíamos que fuese más justa y menos desigual. En teoría ambas aspiraciones son reconciliables y mutuamente reforzantes. Pero en la práctica unos y otros difieren en las prioridades, en los sacrificios que supone invertir los escasos recursos en una meta y no en la otra.

deraba que la democracia era mejor que cualquier otra forma de gobierno. Hoy apenas 38% de los mexicanos cree eso. Solo cuatro superan a México en su escepticismo ciudadano: El Salvador, Guatemala, Honduras y Brasil caracterizados por igual o peor nivel de pobreza y desigualdad.

Los que sí podemos comprar yogures de sabores tendríamos que reformular la acusación de que López Obrador es un peligro para la democracia. En realidad su arribo al poder no es más que la consecuencia de una convicción: a la mayoría de los desprotegidos la democracia les ha quedado a deber.

¿Qué hacer cuándo a más de la mitad de la población le tiene sin cuidado la democracia? ¿Respetamos a la mayoría? Después de todo de eso se trata la democracia, ¿no? Visto así, se convierte en una paradoja.

En realidad lo que tendríamos que preguntarnos es por qué razón la apertura política y la disminución del presidencialismo autoritario de antaño no redujo la desigualdad o la pobreza. Crecieron las libertades públicas pero no disminuyeron las penurias económicas. La ecuación es obvia: a mayor desigualdad social mayor descrédito inspiran las instituciones y el orden democrático. Lo contrario también debería ser obvio: a menor miseria más crecerá el respeto por la democracia.

Irónicamente, al trabajar a favor de los pobres López Obrador estaría sembrando los cimientos para una sociedad con más apetito por un orden democrático. Con esto no pretendo convencer a los intelectuales liberales de que apoyen a alguien que trata tan irrespetuosamente los símbolos que ellos consideraban sagrados. Pero sí pensaría que antes del linchamiento moral y político al que lo someten tendrían que preguntarse por qué la tan añorada democracia no mejoró las condiciones de las mayorías o, mejor aún, en qué condiciones podría contribuir a ello. En otras palabras, dejaríamos de discutir como agua y aceite si revisáramos juntos cómo hacer para que la democracia permita comer mejor.

@jorgezepedap  
www.jorgezepeda.net

# La oportunidad

México requiere un cambio de régimen, tal como lo demandó la ciudadanía y ofreció el presidente López Obrador. Pero no cualquier cambio sería adecuado.

Por segunda vez en unas cuantas décadas, los mexicanos nos encontramos ante la oportunidad de modificar el régimen y construir uno que responda a las necesidades de la ciudadanía, impida el abuso por parte de los gobernantes -presentes y futuros- y garantice la estabilidad. La primera oportunidad la tuvo Vicente Fox en sus manos, pero no tuvo la visión ni la capacidad para asirla. Ahora, las circunstancias han creado una nueva, quizá última, oportunidad para institucionalizar al país y verdaderamente transformarlo. La pregunta es si AMLO promoverá una transformación hacia la institucionalización o hacia el autoritarismo.

La pregunta clave es qué quiere decir eso de cambiar al régimen. No se trata de un juego de palabras: para unos, el régimen es la persona, en tanto que para otros se refiere a la naturaleza de los proyectos que habrá de impulsar el nuevo gobierno. En realidad, el régimen es algo muy distinto y mucho más fundamental: se trata de la forma en que se organiza una sociedad para gobernarse.

Una cosa es el sistema político, otra muy distinta la naturaleza del régimen. La mayoría de las naciones europeas se gobiernan por medio de un parlamento que reduce el sistema a dos poderes (legislativo unido al ejecutivo y judicial), en tanto que el sistema presidencial se fundamenta en poderes separados con un presidente encabezando al ejecutivo. El régimen es distinto al sistema de gobierno: es la forma en que se relacionan los ciudadanos con el sistema político, así como los mecanismos que permiten interactuar a los diversos componentes del sistema.

Los países desarrollados cuentan con mecanismos formales e informales que constituyen contrapesos para que ningún componente del sistema abuse o se imponga sobre los otros. Desde luego, cada nación tiene sus características propias, producto de su historia y experiencia. De esta manera, una enmienda constitucional en Dinamarca, por citar un ejemplo paradigmático, puede tomar años porque requiere tres votos del parlamento y al menos una elección de por medio. En Inglaterra no existe una constitución escrita, pero existe un tribunal constitucional que dirime diferencias entre poderes y aboga por los derechos ciudadanos. Francia se caracteriza por un sistema híbrido, con una presidencia fuerte y un parlamento con su primer ministro. Cada país es distinto, pero el común denominador de todos los desarrollados es que cuentan con mecanismos institucionales e instituciones formales que obligan a los distintos componentes a negociar, interactuar y seguir procedimientos transparentes en la toma de decisiones.

Esos mecanismos son la esencia del régimen de cada país porque constituyen la forma en que quedan protegidos -o desprotegidos- los ciudadanos. Un ejemplo dice más que mil palabras: en un país desarrollado, ningún gobierno puede expropiar a una empresa sin causa justificada, además de que su decisión está sujeta a pro-

La pregunta clave es qué quiere decir eso de cambiar al régimen. No se trata de un juego de palabras: para unos, el régimen es la persona, en tanto que para otros se refiere a la naturaleza de los proyectos que habrá de impulsar el nuevo gobierno. En realidad, el régimen es algo muy distinto y mucho más fundamental: se trata de la forma en que se organiza una sociedad para gobernarse.

cesos judiciales. Esos mecanismos están diseñados para que ningún funcionario gubernamental pueda abusar de sus facultades en detrimento de un ciudadano, lo que le confiere certidumbre a la ciudadanía. Si el presidente Trump grita o se enoja, el americano promedio no sufre consecuencias en su vida cotidiana. En nuestro caso, si un presidente decide una expropiación y al día siguiente cambia la ley para justificarla, ex post facto, el ciudadano queda absolutamente indefenso. Algo similar ocurre cuando el gobierno gasta más de lo que tiene sin tener que dar explicaciones, provocando con ello una devaluación, misma que afecta todo en la sociedad de manera inmediata, al subir los precios y las rentas. Eso no puede ocurrir en un régimen institucionalizado con contrapesos efectivos, que es condición necesaria para el desarrollo.

El régimen emanado de la Revolución consistió en un sistema político centrado en el presidente, en torno al cual todo funcionaba. Ese sistema pervive y ahora no sólo en la práctica, sino incluso en los abrumadores números legislativos que acompañan al nuevo presidente. Con ese poder, el presidente López Obrador podrá transformar al país; la pregunta es si lo hará para polarizar a la ciudadanía o para construir el régimen del siglo XXI, uno que empate con las necesidades de la ciudadanía y de la economía, o si lo hará para consolidar su propio poder y el de su grupo político.

En 2000, Fox despilfarró la oportunidad de intercambiar la institucionalización del país por hacer tabla rasa del pasado: las condiciones eran perfectas para lograrlo porque los priistas estaban aterrados de que el nuevo presidente arrasara con ellos. Algo no muy distinto ocurre hoy: todo el país está a la expectativa, deseoso de construir un futuro distinto. Todo está alineado para construir un nuevo régimen, moderno y con miras a sumar a toda la población hacia un mejor futuro. Es la oportunidad para romper con los sindicatos que impiden el desarrollo de la población y los monopolios abusivos, con la falta de transparencia y con la corrupción. No habrá otra oportunidad. Ojalá AMLO no la desperdicie conduciendo al país hacia atrás.

@lrubiof